

El fútbol

Raymundo Alejandro Pérez Patiño

Un día llegué a la clase de Diseño en el taller B, y allí estaban los que nos juntábamos siempre: Polo, el Hombre Lobo, Marco, Enrique, el Tico, Guarumón, el Petro Bonos y el Héctor.

Me senté con ellos en los bancos que ya estaban seleccionados para nosotros, en espera del titular de la materia, el maestro Matías Goeritz. Estábamos ansiosos de que llegara, ya que tenía una manera distinta de dar clases. Sus ayudantes eran Sebastián y un güey medio puto que no me acuerdo el nombre y una vieja re mamona que menos me acuerdo cómo se llamaba. En fin. Después de la clase salimos a ver quién empezaba a tener malos pensamientos, cuando en eso apareció el Cachito y dice traje unos cuartitos. Empezamos a tomar y a echar desmadre cuando llega el Yea y dice hoy vienen las Chivas. Nos brillaron los ojitos y empezamos con la coperacha. Dijo el Yea podemos clavar a la banda con la Animación Deportiva (ya no le decían Porra por obvias razones): los espero en la puerta 34 para pasar con toda la pomiza.

Nos dimos a la tarea de ir a las compras; ya termi-

nada la coperacha, nos alcanzaba como para dos barriles de cerveza y unos diez o doce pomos. Primero fuimos al súper, pero todo estaba más caro de lo recaudado, y no quedó otra que cambiar los precios de las etiquetas, y allí te vamos a las cajas a pagar. Nadie quería pasar primero por aquello de los cambios efectuados, pero bueno, ya arrancados nos dimos valor y nos formamos, y dice el Petro Bonos:

—¿Una de Buchanan's a siete pesos? No mamen.

Descargamos el carrito con la dicha mercancía que sumaba más de veinte pomos más las aguas. Medio nerviosos, empezamos a cotorrear a la cajera, una chavita feíta, pero era para despistar y distraerla, y entre mamacita qué bonita cuándo salimos, una sonrisita aquí pa'l Guarumón, ella hizo su trabajo contenta con lo que le decíamos, y ya pagamos y nos fuimos lo más rápido posible, pero sin vernos sospechosos.

De allí nos jalamos por los barriles a Coapa, donde los podíamos sacar sin depósito, no más con la identificación, y nos regresamos a donde nos esperaban los demás, ya motivados porque se habían comprado un pomo para la espera. Cargamos con todo y nos fuimos a donde quedamos para pasar ora sí que a las tribunas.

El estadio estaba hasta su madre: tuvimos que dejar el carro bien lejos de la puerta y acarrear las cosas. Íbamos riéndonos y empujando. Lo bueno es que eran de esos barriles con rueditas.

El Yea era el que conocía cómo estaba el teje y maneje y ya en la puerta dice no mamen a poco creen que van a entrar con todo ese pinche cargamento. Le dije mira pinche Yea, ahora no me vengas con pendejadas; y dice bueno, pérenme. Se fue a hablar con los líderes

de la Porra, el Manolo, el Camacho y el Gordo, y luego el Manolo salió con el Perro y el Yea y me dijo: ay en la madre, si eres tú, pinche Rayo, pero con todo el súper, pus cuántos son; no pus los de siempre, y se asoma y ve una multitud, toda la banda más el Pepe de Filosofía y los que se fueron uniendo que no me acuerdo, y dice el Manolo no hay pedo, van a pasar pero rápido. Al rato me doy un voltión para que me invites unos chupes; órale hagan una fila; y la hicimos, pero se deshizo luego luego y todos dando empujones y gritando.

Ya en nuestros puestos servimos las primeras cuando en eso salen las Chivas a calentar entre mentadas de madre y chiflidos y nosotros dijimos pus salud. Así estábamos cuando saltan a la cancha los dos equipos ya con su uniforme de gala; no me acuerdo de todos, pero estaban el Cabo Cabinho, el Gonini, un Vergara, Leo Cuéllar, la Cobra Muñante... y de las Chivas el Willy Gómez.

¡Goya! ¡Goya!, y pus la emoción: el balón para un lado y para el otro, trezado el partido, y nosotros chupe y chupe. Se vació el estadio y seguíamos, pero como no nos habíamos terminado el cargamento, entonces nos fuimos acarreando los barriles y todo de regreso, primero al carro y luego a nuestra cueva de siempre.

Descargamos y seguimos dándole hasta que se acabó, no sé a qué horas de la noche, y ya finiquitado el asunto nos dispusimos a irnos cada quien para su casa. A todo esto pregunté: ¿y cómo quedó el partido? Nadie contestó, sólo el Hombre Lobo dijo sepa la chingada.



Trapazzo

José Martínez Torres

Me despertó mi madre a las cinco de la mañana porque el tren salía a las siete. Me bañé, bebí el café que me dio, tomé una concha y la fui comiendo por la cuadra. Rafael ya estaba esperando, recargado en el taxi de un vecino al que había convencido de llevarnos a la estación de Buenavista.

Los del primer equipo viajaron aparte, en un vagón pullman, y llegando a Guadalajara los llevaron a un hotel más caro. Desde luego hay distinciones: son jugadores de alto nivel, a los que se admira de lejos: muchos ni te voltean a ver, y hay uno, la Iguana Icazbalceta, que exigía que se desinfectaran los baños si por alguna razón las reservas los usaron antes. La vez que nos pidieron para completar un interescuadras, Rafael se acercó a pedirles autógrafos. El Perico González le dio unos consejos y unas palmadas en la espalda.

En aquel tiempo éramos muy chicos. Rafael y yo teníamos dieciséis años. Laborde y El Zulu Díaz son mayores uno o dos años; Heras, Rafa Cruz y la Plancha Rubio hasta más, tres o cuatro.

De niño había soñado con ser delantero, pero al

llegar al equipo don Sebas dijo ni madre, tú eres defensa central, y ya después me gustó, pues es la posición más cerebral que existe y la más fácil; se trata de establecer distancias para resguardar la portería, para cerrar por la banda y hacer los relevos. Rafael sabe achicar y también salir con la pelota al pie; recarga al terminar la jugada; golpea a espaldas del árbitro, desanima al contrario de muchas maneras, y siempre está riéndose; a mí lo que me gusta es pensar, y creo que no necesitas nada de eso, si sabes tomar decisiones. Si te apresuras, juegas mal: hay que ver la pelota como si viajara en cámara lenta, así da tiempo de decidir lo mejor.

Para mí esto es una verdad completa, pero me acarreó el apodo que me endilgaron. Hasta la fecha, ya nadie se acuerda del Julio, del Vierna ni del López, y todo porque un día dije que el futbol es una mezcla de fuerza, valor y criterio: la fuerza y el valor puede que se adquieran, pero el criterio ya se trae, como en el caso de Gerardo Luis Trapazzo, la estrella del equipo. En eso me interrumpió Nava: espérate, Criterio... y desde entonces: ¡Criterio, mírame! o ¡Dale vuelta, Criterio!

Trapazzo era muy buena persona, siempre nos saludaba, y una vez llegó con unas camisetas del Vélez Sarsfield para que las rifáramos entre nosotros; le preguntamos cómo ingresó a ese club y ya nos contó. Laborde, que también traía el diez, pero de la reserva, era el más entusiasta de los admiradores de Trapazzo; caminaba igual que él, hacía los mismos gestos y las mismas jugadas: y es que ni parece argentino; le pregunté: ¿y qué parece? Brasileño, dijo Laborde.

El tren se detuvo en San Juan de los Lagos. Compramos unos recuerdos, postales del pueblo y de la

virgen de allí para regalar en nuestras casas y después seguimos. Llegamos muy cansados. Los periodistas escribieron al otro día sobre el partido, la tabla de posiciones, y sobre el crecimiento del futbol profesional en México, lo que es un embuste, ya que ni hay crecimiento ni hay jugadores profesionales, o sólo unos cuantos, porque a la mayoría sólo se le dan los accesorios del equipo y un poco de dinero, más los gastos. Por eso el padre de Rafael odia que su hijo juegue y hace todo lo posible para que no siga. Como su madre lo apoya, se arman grandes discusiones entre ellos.

Mi padre nunca tuvo inconveniente, pero no es rico y sólo hasta que mi madre ahorró pude ir a jugar al Esparta, a los diez años; al cumplir los dieciséis me advirtieron: si te lastimas, te vas a quedar sin escuela y en la calle.

Rafael nunca estudió y se la ha pasado en la calle, engatusando al que se deje, haciendo maldades y bromas a costillas de los otros, como la vez que vació sal en una botella de agua y la traía a la vista de todos en el medio tiempo, para que alguien se la pidiera. El Zulu Díaz bebió el agua salada a grandes sorbos, se atragantó y corrió a vomitar: discúlpelo, don Sebas, dijo Rafael, es que viene de Chimalhuacán y no está acostumbrado, allá toman el agua en cubeta... O ese truco que hace de vender al Spot, un pastor muy inteligente que tiene; el perro se va con su nuevo dueño hasta que Rafael le chifla y entonces corre a meterse a su casa. Lo ha vendido muchas veces. Si se quejan, dice es que no lo sabes educar, pero por este dinero te voy a dar un cachorrito del Spot y unas clases de adiestramiento canino.

A Rafael le gusta usar palabras elegantes como

adiestramiento canino, pero lo que más le gusta es la comida, porque de niño sufrió por ella; siempre anda explicando cómo te pueden quedar mejor unos molletes con chorizo, o cómo debes preparar unos deliciosos sopos con salsa roja, queso y carne deshebrada. A los chicos de la cuadra se les hace agua la boca y lo llevan a su casa cuando no están sus padres. Come y los cita a un entrenamiento de alto nivel; entonces se cuelga el silbato que sacó de algún lado y a silbatazos ordena sentadillas, estiramientos, lagartijas y abdominales; ya al final los pone a dar vueltas y vueltas al parque como locos.

Bueno, pero esta historia trata del gol que hizo Trapazzo en Guadalajara y de lo que me contó hace unos días que me lo topé por el Centro. El profe don Sebas dio la alineación hasta que ya iba a comenzar el partido: Criterio Vierna defensa central derecho; Rafa Hernández defensa central izquierdo.

Cuando el equipo avanza en fila hacia la cancha no se puede tragar saliva: se siente un nudo en la garganta. Si has estado en un equipo de fútbol sabes lo que digo: vestirse con parsimonia, como un torero ante la Virgen; oír el clamor cuando sale el equipo; dibujar la cruz en la cara para luego ver que el balón se desliza sobre esa superficie esmeralda como mesa de billar, ese pasto que parece tomado del jardín de una casa muy rica, y ver a lo lejos el círculo del medio campo, las líneas recién pintadas con cal, los banderines agitándose en el aire con sus colores vivos, y el barullo del vestidor cuando ganas y todos gritan, chiflan y se cuentan chistes que te hacen morirte de la risa.

Al buen jugador lo puedes ver de inmediato: si

alza la cara, pisa el balón y parece que siempre se le pega al cuerpo, y es que sólo hay de dos clases: el que corre y corre para quitarse la responsabilidad y cuando recibe parece que la bola le está quemando los pies, y el que arriesga, se compromete con el equipo, pide la bola todo el tiempo aunque no esté en la mejor posición, como Trapazzo.

Ahora pienso que hubiera sido un buen entrenador, como varios que conocí, o apostador, pues ya he ganado en varias oportunidades. A mi equipo le daría libertad, sólo haciendo precisiones durante el partido, al fin que un equipo se hace de la convivencia, del dolor y el sufrimiento de todos por la misma causa. Dirigiría con mucha disciplina, porque los que se sienten estrellas no meten la pierna: parecen quinceañeras cuidándose las uñas. Yo buscaría eso: un equipo de combate.

Ganamos 1-0 en Guadalajara con gol de Laborde. Me bañé y fui a ver el partido estelar. Me senté al lado de unos fotógrafos, detrás de la portería. Rafael y los otros fueron a las tribunas, pero yo quería estar más cerca. El juego iba 1-1 cuando Trapazzo recibió el balón en la media cancha. Avanzó. Tocó y moverse, que dicen, y tocó a Fuentes, que le devolvió de pared. Trapazzo recibió un poco retrasado. Se detuvo. Cubrió la bola. La dejó botar, a unos cinco metros del pico del área. Traía al 6 de ellos pegado, mordiéndolo. Luego hizo un movimiento como de péndulo, con la vista clavada en el cuero que flotaba, y el pie terminó su recorrido junto al hombro; el balón salió a una velocidad increíble: zumbó junto al poste, recorrió la red, y al final dio unos botecitos, mansamente. Fue el mejor gol que haya visto en mi vida, con un grado de dificultad altísimo. Al menos fue

el mejor que haya visto de una manera tan cercana.

De regreso en el tren, el gol de Trapazzo era la comidilla. Íbamos extasiados. La Plancha Rubio dijo que cuando un tío suyo vio un gol parecido en CU, se levantó y se fue, dejó las tribunas de inmediato para quedarse con esa imagen de antología en la memoria.

Al siguiente entrenamiento me lastimé un tobillo y ya no pude ir a jugar a Toluca. Estuve muy triste, con muletas, sin entrenar ni hacer nada. Cuando ya pude caminar, decidí mejor ir a darle las gracias a don Sebas y quitarme las aspiraciones, guardar el gol de Trapazzo en la mente, como el tío de la Plancha Rubio, y volver a la escuela, aunque no me sirvió de nada, por eso me hice del taxi. Sobre todo me faltó convicción, algo que Rafael tiene de sobra: él sí, insistió en quedarse, insistió, insistió hasta que un día me invitó a ver su debut al lado de Trapazzo y demás autoridades de las canchas.

Nunca supe por qué no conservaron a Trapazzo en el equipo, si a la directiva que lo trajo del Vélez le había salido tan bien la inversión. El caso es que firmó en el Veracruz y después se fue al Atlas, donde le subieron todavía más el sueldo y las primas. Con el América firmó su mejor contrato, pero ya para entonces tenía las rodillas destruidas y operadas.

Decía que me lo topé en la calle. Lo recordaba más alto: es de 1.70 cuando mucho y camina como balanceándose de un lado para otro, sin casi doblar las corvas. Se veía muy solo, lejos del oropel de cuando era ídolo. Dijo que si tenía tiempo tomáramos unas cervezas para hablar a gusto, que qué me había hecho; le dije que allí a la vuelta estaba La Castellana.

Fuimos. Se había casado con Lourdes, la hija más

bonita de don Sebas. Iba a llevársela con él a Argentina cuando en eso le ofrecieron un contrato muy bueno en el Coatzacoalcos de la Segunda División. Jugó su última temporada, metió unos cuantos goles y se retiró sin pena ni gloria.

Al final de su carrera había sacado en limpio un auto deportivo y setenta mil pesos, que no le duraron mucho: mirá, Criterio: el fútbol te brinda lo que el vino y las mujeres se llevan, ¿viste? También dijo que está de almacenista en la compañía de refrescos donde lo recomendó la Espátula Rodríguez, y que es entrenador del Prolesa, el equipo de una liga infantil en donde ya juega su hijo el más grande.

A Genaro, el Che Tedesco.



Vos andá al arco

Néstor Ponce

Los entrenamientos eran los martes y los jueves, y los sábados teníamos partido. Los domingos y los lunes eran una tortura, esperando ponerme la camiseta e ir a acariciar a la pelota. Igual, yo nunca jugaba. Cuando daban la lista del equipo y de los suplentes, si había veinte jugadores, yo era el número veintiuno. Mi hermano tenía más suerte y si el match era más fácil, entraba seguro.

Hasta que un día construyeron una urbanización en el barrio, pavimentaron las calles de tierra y llegaron un montón de otros pibes, tantos, que al cabo de un mes ya podíamos presentar tres equipos. Me puse recontento, porque al fin iba a poder jugar y expresar mis innatas cualidades, pero el día del primer torneo, cuando el entrenador dio el equipo, me di cuenta de que no sabía en qué puesto ponerme, hasta que al final transó:

—Vos, che, Carlito, andá al arco.

¡Mirá que ponerme a mí en el arco! ¡A mí que era el rey del remate de voleo a media distancia! ¡El as de la media chilena! ¡El mago de la bicicleta! ¡Qué desperdicio!

Mi hermano se dio cuenta y como que vino a consolarme, no te calentés, Carlito. Pero yo veía que el universo se pintaba de rojo, era un toro furioso capaz de embestir todo a cornadas y dejar babeando a las víctimas.

Total, que en vez de ponerme la camiseta albirroja, me pasaron una amarilla y encima gastada, con los codos rotos. El arquero del equipo dos se compadeció y me prestó los guantes, tomá, mogolito, a ver si agarrás alguna. Cuando me llamó así me cabreeé todavía más, vos nunca dejés que te digan mogólico, vos sos trisómico, ¿entendés?, me repetía mi mamá. Yo la oía sin oírla, me iba al fondo de casa y apoyaba los labios en la pared, pensaba que me destornillaba la cabeza, que era independiente del resto del cuerpo, chupando el revoque de la pared, la pintura que mi padre aplicaba con paciencia para luchar contra los hongos y la humedad. “Vivimos en un pozo”, gruñía mi viejo, “y ya tenemos el agua hasta el cuello”, y pasaba y repasaba el pincel con un cigarrillo en la comisura, entrecerrando el ojo que le picaba por el humo del tabaco que se consumía, espiral de bruma.

—Le voy a decir a mi hermano que me llamaste así, vas a ver.

Mirá cómo tiemblo, me dijo el arquero y me mostró las manos. Ahí me di cuenta que los guantes no me iban a servir: mis manos eran muy grandes, casi el doble de las suyas, mucho más que la normal. Yo no era normal. Venía a ser trisómico, y por eso no era un buen jugador, en los partidos me distraía, pensaba que estaba en el fondo de casa, con los labios pegados al revoque de la pared, dando vueltas como un destornillador, me

distraía y quedaba en posición fuera de juego, o le erraba a la pelota, o cuando llegaba a mis pies quería pisarla, amasarla, sacudirla y se me escabullía, o el marcador rival me la quitaba y los otros jugadores del equipo pasaban corriendo a mi lado con los dientes apretados, mirá que sos boludo, mogolito.

—Vos, che, Carlito, andá al arco— me había dicho el entrenador.

Otras veces, en medio del partido, con las manos en los bolsillos, me empezaba a contar el partido como si lo transmitieran por la radio, el Víctor Hugo Morales, esto ya se terminó Pezzotta, Estudiantes es campeón, Estudiantes con los jugadores arrodillados, con los brazos al cielo agradeciendo a la hinchada, en el mano a mano con Boca, con un golazo de Carlito, Estudiantes es campeón en una de las mayores epopeyas de la historia del fútbol argentino, es Estudiantes que una noche resurgió de las cenizas y la empató al Gremio de Porto Alegre con siete jugadores, y un golazo de Carlito luego de un pase en profundidad de la Brujita Verón, que con diez hombres en la cancha revirtió el uno a tres contra Platense ¡¡¡¡¡y se coronó campeón frente a Racing una semana después!!!!!!

—Vos, che, andá al arco.

Entramos a la cancha y cuando me puse en la portería oí atrás mío el temblequeo de una voz, mirá, pobrecito, el arquero es mogólico. Me di vuelta hasta encontrar la cara del infeliz que había hablado:

—Mogólico la concha de tu madre.

No me volvieron a joder en todo el partido. Dominamos de punta a punta y toqué la pelota una vez, cuando me la acercó un defensor para que despejara.

Ganamos siete a cero y un pibe nuevo, medio chueco y gambeteador, metió cinco goles. Le decían el Cortito Micheli, porque era peticito y panzón, pero entrador como ninguno. Cuando el árbitro silbó el final lo fui a felicitar y me pegó un golpecito en la nuca guiñándome un ojo, muy bien Carlito, hoy las atajás todas, ojo eh, bien concentrado, que no se te escape ni una.

Yo me fui pensando que si el Cortito me había pedido eso tenía que responderle, que yo bien concentrado, todo el partido. Después no sé qué pasó, porque las cosas se sucedieron rápido y el entrenador me miraba medio raro. Durante la mañana ganamos tres partidos más y pasamos a octavos de final. El equipo dos había sido eliminado en la ronda anterior y el uno se clasificó cagando, con un gol en el último segundo y el desempate a penales. En el segundo partido, me acordé de lo que me dijo el Cortito y cuando venían las acciones bravas del equipo adverso me contaba una transmisión, me repetía en la cabeza avanza por el flanco izquierdo el internacional brasileiro Ronaldinho, se para, amaga, mete un caño, ingresa en el área adversa, ¡viene el gol viene el gol! ¡patea! ¡Magistral Carlito rechazando la pelota! ¡Un pájaro Carlito volando e impidiendo la conversión del tanto! Mientras más me contaba el partido, más atajaba, y los defensores se relojeaban entre sí diciendo éste se destapó por fin. Un pibe nuevo de la urbanización, puro mate, el Cabezón Mercer se llamaba, defensor central medio tronco, me habló por primera vez, era muy tímido: buenísimo Carlito, te estás pasando...

A mí los elogios me resbalaban, yo concentrado y a atajar. En los octavos hice proezas, el entrenador ya no me junaba fulero, sonreía y me decía que sí con los